

“ Inmediatamente que recibas esta carta, que-
“ rido papá, abandona Paris . . . déjalo todo; ven
“ á reunirte con nosotros. Por mas prisa que te
“ dés, puede ser que llegues tarde. . . . Edmun-
“ do está muriendo ”



CAPITULO V.

SE ACERCA LA MUERTE.

Habia bastado una imprudencia de Edmun-
do para hacer retroceder repentinamente á la
enfermedad de la via, si no de curacion, á lo mé-
nos de alivio en que se hallaba desde su llega-
da á Niza.

Como lo hemos visto ya en una de las cartas
que le escribia á Gustavo, le sucedia frecuen-
tamente correr al sol, y detenerse de pronto en
alguna fresca sinuosidad, en donde sentia el
sudor helarse sobre su frente. No habia teni-
do, por cierto, que repetir por muchas ocasiones
esta clase de esperiencias para resentir sus fu-
nestos efectos, y un dia volvió á su casa con la
cabeza agobiada por un violento dolor, con una
convulsion que lo agitaba desde los pies á la
cabeza, habiéndose visto obligado á meterse en
la cama despues de un largo desmayo.

En este momento fué cuando Antonina es-
pantada con la violencia del ataque, escribió á
su padre que viniera á ver á su marido.

En efecto, con los terribles indicios que ella tenia, inmediatamente se conoció de que no habia mas remedio para Edmundo, y que habia llegado su hora. . . .

Envió á buscar á un médico, al cual su padre, que lo conocia, la habia dicho que podia dirigirse en caso de urgencia, y se sentó llena de resolucion junto á la cabecera del enfermo.

Naturalmente habia sido imposible ocultar este ataque á la señora de Péreux. Esta, que desde el casamiento de su hijo habia perdido completamente todos sus temores, tuvo al principio trabajo en creer la gravedad del mal que se declaraba; pero mientras mas lenta era su alma para creer la desgracia que sucedia, mas grave, mas profundo, debia ser su sentimiento cuando nada pudiera desmentir el testimonio de los ojos, la aprehension del corazon.

Cuando la señora de Péreux, que por el pronto no habia creído sino que aquello seria una indisposicion pasajera, vió á su hijo desmayado durante dos horas, sin que ningun remedio fuera bastante para reanimarle; cuando miró que el delirio sucedia al desmayo, y que el doctor que habia sido llamado sacudia su cabeza en señal de que tenia muy pocas esperanzas, ó mejor dicho, que nada esperaba; el cambio, el trastorno que se operó en ella, fué rápido y terrible como el rayo.

Para las naturalezas amantes, que viven, co-

mo ella, por el corazon, no hay nunca términos medios. El dia anterior la señora de Péreux estaba tan segura de la salud de su hijo, que ni aun pensaba en ello. . . . Aquel dia se vestia de negro.

Para ella su hijo habia muerto.

La pobre madre envejecia de diez en diez minutos.

Sentóse junto al lecho de Edmundo, y allí permaneció con la vista fija sobre el enfermo, semejante á la estatua del dolor mudo.

Dos lágrimas habian rodado de sus ojos, dos tan solo, pero que habian marcado profundamente su paso por las megillas de la pobre muger, como marca su paso el torrente de lava. . . .

Toda la vida, toda la inteligencia, toda el alma de la señora de Péreux se habia concentrado en su mirada, clavada en el rostro de Edmundo, y que seguia hasta los mas imperceptibles movimientos que hacia la sábana que cubria el pecho oprimido del moribundo. Adivinábase, se conocia, que cuando aquellos movimientos terminaran, la mirada de la madre se extinguiria con su vida, sin esfuerzo, sin gritos, y que las dos almas gemelas, enlazadas la una con la otra, volarian juntamente al seno del Señor.

Aquel dolor era tan grande, tan poderoso, dominaba de tal manera á la que lo soportaba,

que se hallaba incapaz de socorrer al que se lo causaba. La señora de Péreux no hubiera titubeado un momento en dar su vida por la de su hijo; pero hubiera sido una imprudencia encargarlo á ella que lo cuidara. La pobre muger no podia hacer otra cosa que morir con su hijo si éste moria; sufría muchísimo para poder hacer otra cosa que sufrir.

No sucedia lo mismo con Antonina, y la diferencia de ámbos amores se demostraba en la diferencia de ámbos dolores.

Luego que Antonina vió á su marido frio, inmóvil y pálido como si ya estuviera muerto exclamó en lo profundo de su alma:

—¡Todo se ha acabado!

Pero inmediatamente sintió acrecer sus fuerzas y duplicarse su energía ante aquella terrible advertencia; y ella tambien hizo el juramento de no separarse ni un instante del enfermo; solamente que habia sepultado su dolor en el fondo de su corazon, y habia dicho estas palabras que reasumian toda su decision:

—El, ántes que todo!

Entónces Antonina abrazó á la señora de Péreux, sin que ésta voltease la cabeza; pero aquel abrazo encerraba todas las promeas de amor y de abnegacion que podia hacer, y que sabria cumplir el alma de la jóven.

En seguida habia mandado traer al médico que su padre le recomendara y dispuestole

todo, pues le parecia que por mas cuidados que le dispensaran á su marido, nunca serian bastantes.

Como ya lo hemos dicho, el médico habia venido, y á primera vista habia desesperado de la salvacion del enfermo.

—Que viva ocho dias, le dijo Antonina, es todo lo que le pido á vd.

Los ocho dias era el tiempo necesario para que sus cartas llegaran á Paris, y el señor Devaux y Gustavo, á quien tambien habia dirigido algunas letras, llegasen á Niza; porque la parecia á Antonina que si se podia prolongar la vida de Edmundo hasta ese término, ya estaba salvado! ¡Tenia tanta confianza en el amor y en la ciencia de su padre....!

El doctor Murret, este era el nombre del médico recomendado por el señor Devaux á su hija, respondió á la jóven que el estado del enfermo no empeoraria ántes de ocho dias.

El estado peor era la muerte.

El señor Murret aplicó abundantes sangrías que descargarán el pecho del enfermo, y que le permitieran respirar con alguna libertad; pero hubo inmediatamente una reaccion sobre el cerebro, y sobrevino el delirio.... El delirio era horrible peripecia del dolor, esa imágen cruel de la locura, que hace á los que asisten á él mirar á su alrededor sin saber cómo contener aquel flujo de palabra sin sentido ni hila-

cion, que se escapan de los labios del enfermo, y que son mas siniestras que el silencio aun cuando este silencio debiera ser el precursor del silencio eterno!

Miéntas que el delirio agitaba el sueño de su hijo, la señora de Péreux se inclinaba sobre él, y le decia, como si su voz, á pesar de todo, debiera llegar hasta el corazon del jóven moribundo:

—Edmundo! mi adorado Edmundo.... no hables así! Soy yo, tu madre, quien te lo suplica.

Pero los labios fiebrentos del enfermo continuaban agitándose convulsivamente, y el delirio seguía.

Durante las largas noches pasadas en vela, Antonina se recostaba sobre los pies de la señora de Péreux, y apoyaba sus labios sobre las manos ardorosas de su suegra.

—Espere vd., mamá, espere vd.... decíala á veces; mi padre no debe tardar en llegar.

La señora de Péreux, estrechaba sin responderla, la mano de Antonina.

En vano hubiérais pedido un pensamiento ó una palabra á la pobre madre: no comia nada, y no hacia mas que beber grandes vasos de agua para calmar su fiebre. Así vivía, y así hubiera vivido meses enteros. Su alma solamente tenia necesidad de alimento, y se satisfacía con temores y oraciones.

Cuatro noches y tres dias se pasaron de esta manera.

En la mañana del cuarto dia el delirio cesó; y despues de un sueño algo mas tranquilo que habia prestado algun reposo al enfermo, éste se despertó con un estado de debilidad estrema, pero sin embargo, bastante repuesto para conocer las cosas y las personas que lo rodeaban.

—Antonina.....! ¡madre mia.....! dijo volviendo la cabeza hácia el lado en que se hallaban las dos mugeres.

—No me ha nombrado sino en segundo lugar, murmuró la señora de Péreux.

—¿Desde cuando estoy en cama....? porqué de nada me acuerdo, preguntó Edmundo, sobre cuya frente pesaba como un velo de plomo.

—Hoy es el cuarto dia, hijo de mi corazon, contestó la señora de Péreux. ¿Cómo te sientes.....?

—No siento mas que un fuerte dolor de costado. ¡Y vdes. dos han velado junto á mi cabecera, una noche una y otra noche otra? ¡Qué buen corazon....! dijo con voz débil, presentando sus dos manos, ó mas bien, tratando de estender sus manos hácia su madre y su muger.

—Las dos hemos velado juntas, respondió Antonina.

—¡Que Dios bendiga á vdes., mis buenos ángeles! y Edmundo sintió que las lágrimas del reconocimiento le humedecian.

Las pocas palabras que pronunció lo fatigaron en extremo, y bien pronto conoció que no podía respirar sino con suma dificultad. Entonces le volvió la memoria, y al pensar en una próxima muerte, se puso á llorar.

—Déjenme llorar decía á su madre y á Antonina esto me sirve de consuelo.

La señora de Péreux se dejó caer de nuevo sobre la silla, de la cual no se habia separado hacia mas de ochenta y seis horas.

—Vamos, todo ha concluido, pensaba Edmundo, que tenia su pecho débil y ardiente: yo mismo soy quien he apresurado mi muerte como si tuviera la eternidad á mi disposicion.

Y nuevas lágrimas sucedian á estos pensamientos, porque el pobre jóven no tenia mas fuerzas que para llorar.

Antonina adivinaba la causa de aquel llanto.

—Cálmate, Edmundo, cálmate, le decía; ya le he escrito á mi padre, y no tardará en venir.

Con esta esperanza, el rostro del enfermo se reanimó un poco.

Durante este tiempo, las dos cartas de Antonina habian llegado á su destino.

El señor Devaux corrió inmediatamente á la casa de postas, para ver si habia alguna silla

disponible para el mismo dia, pues entónces todavía la posta era el medio mas veloz de viajar.

Pero no habia ninguna.

Entónces alquiló una berlina, pagó á doble precio los caballos, y no se permitió mas que dos horas para hacer sus preparativos de viage.

—Gustavo tambien recibió su carta, é inmediatamente corrió á casa de Nichette.

—Edmundo se muere, la dijo: parto á verlo inmediatamente, mi buena Nichette. Es que Dios me castiga por no haberlo acompañado . . . pero ¡era tan feliz que no creí tuviera necesidad de mí . . . ! No dejes ni un dia de escribirme á Niza . . . que yo te tendré al corriente de todo lo que suceda.

Nichette y Gustavo se abrazaron llorando.

—Antonina habrá sin duda escrito á su padre, dijo Daumont. Voy á casa del señor Devaux, é inmediatamente vuelvo á despedirme de tí

Gustavo encontró al doctor disponiendo sus efectos é instrumentos para el viage.

—Parto con vd., le dijo.

—Dentro de una hora, contestó el médico.

El buen Daumont saltó en un coche de alquiler y volvió corriendo á dar el último abrazo á la modista como se lo habia prometido, y se halló de vuelta á poco rato en la casa del doctor en el momento mismo en que éste ponía el pié en el estribo de la berlina.

El coche partió á todo escape

.....
Cuatro dias despues, los dos viajeros llegaban á Niza.



CAPITULO VI.

UN NUEVO CONOCIMIENTO.

Dos dias ántes de que el señor Devaux y Gustavo llegasen, Edmundo habia sido vuelto á acometer por el delirio, y el señor Mourret le aplicó nuevas sangrías. Edmundo por este motivo estaba inconocible; pero la opresion del pecho habia disminuido un poco.

Las dos mugeres velaban siempre; la una junto á la cabecera; la otra á los pies del enfermo; y de los tres, quien sufría mas, no era por cierto Edmundo, pues que su pensamiento no le pertenecia.

Las cortinas del lecho, medio corridas, mantenian en la sombra al moribundo. Sin embargo, un rayo de la lámpara lograba deslizarse por entre las cortinas, y venia á iluminar la palidez mate de sus megillas enflaquecidas.

Antonina y la señora de Péreux, que al mirar que el enfermo habia recobrado su conoci-